

Félix Armando Núñez

Manuel J. Ortiz y su obra (1)

Señor Presidente de la Universidad de Concepción, señora Decana de la Facultad de Filosofía y Educación, señoras y señores:

La Facultad de Filosofía y Educación de nuestra Universidad ha querido generosamente reincorporarme a su seno.

Re-incorporarme, que no incorporarme, porque desde hace varios lustros le pertenezco en cuerpo y alma.

Lo nuevo ahora es que pone el acento sobre el alma, sobre el espíritu, al recibirme con tanta esplendidez como miembro académico de ella.

Académico deriva de Academia. Y Academia fué el jardín de Atenas donde Platón exaltó la realidad del espíritu hasta negar toda otra y afirmar su esencia divina. De ahí que Academia significa también, por extensión, la filosofía platónica.

En ninguna parte es, pues, más académico un miembro de una Facultad que en la de Filosofía, y este honor y esta responsabilidad crecen cuando a ella pertenece un filósofo de la calidad de don Enrique Molina, cuyo elogio no necesito hacer.

Comprenderéis que en estos momentos vivo de un modo extraordinario esta realidad espiritual. La promueve a modo de una atmósfera radiante la personalidad del rector egregio que ha vivido

(1) Discurso de incorporación como miembro académico a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Concepción.

en continuo combate para mantenerla como la más alta conquista universitaria; la sostienen con la vibración de sus finas inteligencias y su exquisita sensibilidad la Decana, señora Corina Vargas de Medina y el Director de la Escuela de Educación, don Carlos Martínez; la prestigian idóneos catedráticos, mis antiguos compañeros y leales amigos; y la prolongan, sintonizando con los nuevos tiempos, admirables profesores jóvenes, algunos de ellos muy sobresalientes exalumnos míos, por donde algo de mi propio ser continuará viviendo más allá de mis días.

De ello parece dar testimonio el cordialísimo análisis que mi dilecto exdiscípulo y hoy competente catedrático de Gramática Castellana de la Universidad, don René Cánovas, acaba de hacer para presentarme como maestro y hombre de letras, idealizándose con su afecto de alumno agradecido y revistiendo su exposición con la belleza conceptual y estilística de quien penetra profundamente en el terreno de la estética literaria y domina los recursos del idioma y un acervo cultural magnífico.

En concordancia con este gesto de gratitud de alumno a profesor que me ha emocionado lo indecible como voz de una corporación sabia y como sentimiento personal de su digno secretario, voy a hablaros de un escritor y educador notable, que si no fué propiamente mi maestro ocupó el cargo de subdirector de la Escuela Normal "José Abelardo Núñez" cuando yo hacía en ella mis primeros estudios de Chile y con quien me unieron estrechos vínculos de amistad.

MANUEL J. ORTIZ Y SU OBRA

Volver a Manuel J. Ortiz y su obra literaria ofrece a mi ánimo la seductora perspectiva de un doble regreso: reencontrar al hombre modestísimo que de 44 años de edad nos recibió una mañana de abril de 1914 en la puerta de la Escuela Normal "José Abelardo Núñez", de la cual era Subdirector, cuando nosotros, de 16 años, nos incorporábamos a ese establecimiento; e intentar de

nuevo el goce estético frente a una literatura de la cual nos habíamos alejado tanto en una peregrinación por comarcas artísticas de las más diversas latitudes y conformaciones geográficas, donde a veces laberínticos caminos, intrincadas selvas y arriesgados precipicios han provocado nuestra tentación de aventura.

Y acaso sea oportuno consignar aquí cómo el Destino ha querido depararme últimamente un ciclo de retornos. Así el año pasado volví también a Maturín, mi pueblo natal, después de 40 años de ausencia. Era una villa de 5,000 habitantes en 1913; hoy con la riqueza petrolera manifiesta en sus inmediaciones, pasa de los 33,000.

Todo regreso, a la distancia de varias décadas, equivale a un redescubrimiento que obliga a la rectificación de nuestras imágenes de la memoria y a nuevas cargas de la sensibilidad. La casa paterna es mucho más baja de como nos la representábamos, más penumbrosas y estrechas sus habitaciones, menos desahogados los patios donde esparcíamos anchamente nuestra infancia visionaria. En cambio, aparecen superiores a los recuerdos la naturaleza física y la naturaleza humana: el paisaje vibrante de luz y color que estalla en el canto de los pájaros y el carácter intuitivo, emocional y simpático de la gente. Y como en el mito siempre vigente de Anteo nuestra euforia se agiganta con el contacto telúrico.

¿Nos ocurrirá algo semejante en esta nueva excursión por los predios literarios de un autor que ha tanto tiempo no frecuentamos? ¿Resultará ventajosa o desventajosa para la imagen suya acuñada en nuestra fantasía de adolescente la confrontación que ensayamos ahora? Va a decirlo esta exposición surgida con el propósito de ceñir la vivencia reciente con la mayor fidelidad posible.

Y ante todo, según es de rigor y conveniencia una sucinta biografía.

Casualmente, puesto que no ha habido elección deliberada de la fecha para recordarlo, un día como hoy hace 9 años falleció en Santiago don Manuel J. Ortiz: el 18 de noviembre de 1945. Había nacido en San Carlos, provincia de Ñuble, en 1870. El ata-

que cardíaco que le fué fatal, puso, pues, término a esta preciosa existencia a los 75 años de su edad. Su actividad de creación espiritual se expande en un ciclo que se inicia hacia 1904, probable fecha de la composición de "Pueblo Chico" y se prolonga hasta 1924, con esporádicos destellos posteriores: es decir, alrededor de 20 años. No se caracterizó, pues, ni por su precocidad ni por su fecundidad sostenida y de ninguno de estos rasgos que suelen convertirse en armas de doble filo hay asomo en su producción marcada con un signo de severa y disciplinada madurez.

Su infancia se deslizó en el pueblo de San Carlos, que como todos los del valle longitudinal se decora con el fondo majestuoso de la cordillera y se prolonga en la alegría de los cultivos agrícolas donde predominan el verde lujuriente de los viñedos y el verde niño de los potreros a menudo orlados de largas alamedas o sauces llenos de molicie que infunden al paisaje un aire de estampa clásica. Ambiente de grandes líneas, de estilizada naturaleza, de nítidos perfiles y estaciones bien definidas, donde aprieta el calor del verano y el invierno muestra ya su "gran costumbre de lluvias", característica del sur de Chile.

Allí concurrió a la escolita primaria, y en ella su talento lo hizo distinguirse pronto. Sus padres Manuel J. Ortiz y doña Mercedes Espinoza, en vista de que sus modestos recursos invalidaban toda esperanza de una profesión liberal para el hijo aprovechado, decidieron enviarlo como alumno interno a la Escuela Normal "José A. Núñez", de Santiago, de donde egresó a los 17 años con el prestigio de excepcionales dotes y laboriosidad. Había sido un estudiante reconcentrado y a la vez cordial y generoso compañero.

Sus deseos de seguir la carrera de abogado se frustraron por la situación desmedrada de la familia, la carencia de relaciones influyentes y la imposibilidad de costearse su permanencia en la capital, de la cual lo arrancaba finalmente su nombramiento como maestro en una escuela del pueblecito de San Ignacio.

"De pronto —dice en la ficción medio autobiográfica de su novela "El Maestro"— al dar el camino una vuelta rápida el jame-

go se paró en seco, y el maestro salió disparado hacia delante, arando el suelo con manos y rodillas en el espacio de varios metros. Cuando se levantó medio aturdido, vió el pueblo a sus pies, recostado perezosamente en el fondo de un valle. Con la caída se había desgarrado los pantalones en las dos rodillas. Así fué como el maestro Mauricio *cayó* en el pueblo de San Lorenzo”.

Este párrafo con ese “cayó” subrayado es un acierto estupendo. Las religiones y Platón explican la vida humana como una caída. Ahora el maestro en un medio hostil alentará en la reminiscencia del mundo del espíritu, de donde ha sido desterrado y creará así su obra, vehículo del inefable regreso. Los que hemos tenido fortuna en nuestra carrera docente por haber encontrado un ambiente favorable, apenas si podemos formar imagen del drama de un maestro idealista de 17 ó 18 años en una escuela rural de entonces.

Ignoramos la duración de este lapso agónico. Pero el Quijote, golpeado de arrieros y yangüeses, si no vencido, pidió su traslado a Bulnes donde estuvo hasta 1890 en que fué promovido a Chillán. Allí fué profesor del Liceo y Subdirector de la Escuela Normal y casó en 1895 con doña Eudosia Sandoval, que le dió tres hijos. Allí también conoció, en labor cultural solidaria y entusiasta, a don Enrique Molina, que campeaba con temprano, aunque ya difundido renombre, por los fueros de una nueva educación y sobre quien llovían como sobre el mayor entre los adalides de la reforma las más furiosas pedradas. Su estimación y su afecto por el pensador y Rector permanecieron siempre en aquel espíritu que la lealtad, entre otras virtudes, aureolaba privilegiadamente.

Sus relatos novelescos, “Pueblo Chico” (1904) y “Cartas de la Aldea” (1908), pertenecen a esa época, que es literariamente su edad de oro.

Nombrado en 1912 Subdirector de la Escuela Normal “José Abelardo Núñez” de Santiago, sirvió este cargo hasta 1918. Fué en este período y años siguientes hasta 1921 cuando tuve el honor de conocerlo y ser amigo suyo y de sus hijos. En el ambiente

apacible, espacioso, hogareño, de la Escuela Normal. preparó o dió la última mano a sus obras "El Maestro" (1914), "Caricaturas" (1914) y "Relatos y Comentarios" (sólo recogidos en volumen en 1935).

En 1918 perdió a la noble compañera de su vida. Abandonó poco después el internado de aquel establecimiento por haber sido nombrado Visitador de las Escuelas Normales. Lo reemplazó don Josías Paredes H., uno de sus más cultos y fraternos amigos, con quien se reunía a deambular y charlar casi a diario.

En 1920, con el apoyo del Partido Radical, en cuyas filas militaba, fué elegido diputado por la agrupación de Bulnes y Yungay. No brilló como parlamentario, pero intervino eficazmente en defensa del profesorado y de la educación siempre que se presentó la oportunidad.

Obtuvo su jubilación en 1921, pero continuó trabajando como profesor de castellano en el Liceo "Andrés Bello" hasta 1930.

En 1924 contrajo nuevo matrimonio, ahora con doña Carmela Correa Solar, viuda de Laso, a la sazón madre de diez hijos y Visitadora de Labores y Economía Doméstica en San Bernardo.

En 1926 viajó a Europa, a invitación de su hijo Gustavo que estudiaba Ingeniería Eléctrica en Alemania. El gobierno con este motivo le dió una comisión *ad honores*.

Paralelamente con su labor pedagógica se desarrolló su actividad periodística. Primero en "La Discusión" de Chillán y luego en "El Mercurio" de Santiago donde entre 1906 y 1908 se publicaron sus famosas "Cartas de la Aldea". Más tarde, en los años de la primera guerra mundial, colaboró con el seudónimo de Bergerac en "Las Ultimas Noticias" donde mantuvo columna propia con el título de "Comentarios" y llegó a ser Director de este vespertino. En 1917 "El Mercurio" lo comisionó para una jira periodística por el sur del país y estampó sus impresiones en espléndidos artículos sobre Puerto Montt, Osorno, La Unión, Valdivia, Temuco, Angol, Concepción, Lota y Talcahuano.

La revista "Pacífico Magazine" publicó algunos de sus mejores "relatos".

Contó sus observaciones por Europa en artículos aparecidos en "La Nación", el primero de los cuales, "Antigüedades de Nürenberg", es del 8 de agosto de 1926.

Todavía entre este año y 1943 se lee muy de cuando en cuando su firma al pie de algún artículo de "Las Ultimas Noticias" o "El Mercurio".

La arteriosclerosis comenzó a minar tempranamente su organismo y lo obligó a pasar varias temporadas en las Termas de Chillán. Acaso en ella tuvo origen la semiceguera de sus últimos años y su desenlace cardíaco fulminante.

EL ESCRITOR Y SU OBRA

Las obras de don Manuel J. Ortiz, recogidas en volúmenes breves son: "Pueblo Chico" (1904), "Cartas de la Aldea" (1908), "El Maestro" (1914), "Caricaturas" (1914), "Relatos y Comentarios" (1935).

"Pueblo Chico", la primera en la cronología de la producción, es la más débil de ellas. Aparece publicada tardíamente con prólogo de Josías Paredes H., el gran amigo del autor, temperamento tan generoso como patriarcalmente sano y uno de los maestros más apasionados de la buena lectura que hayamos conocido.

La acción del relato novelesco tiene un desenlace truculento y forzado. La influencia del don Juan Valera de "Pepita Jiménez" y "Doña Luz" resulta demasiado visible en la forma epistolar, en la tendencia psicológica y en el conflicto profundo del cura párroco que recuerda al Padre Enrique de la segunda novela citada de Don Juan.

Su argumento es sencillísimo: Julián, recién egresado del Seminario, se traslada a la aldea de Villabaja, de donde ha sido nombrado cura párroco y cuenta sus impresiones en 7 cartas dirigidas al Pbro. Z., su compañero de estudios.

Lo animaba fervorosamente el propósito optimista de la edificación religiosa y la transformación de la sociedad mediante el Evangelio. Encuentra al pueblo irremediabilmente dividido en dos bandos: el de don Bruno, primer Alcalde perpetuo de la Municipalidad, que capitanea el partido de los fundadores o indígenas, como quien dice la aristocracia local, en que la sangre más azul corre por las venas de doña Herminia Albornoz y doña Agustina Alarcón, y la facción de don Ramón González, el subdelegado, integrada por los advenedizos: el boticario, el oficial civil, el maestro de escuela y uno que otro comerciante al por menor. Este último bando recibe inspiración y consejo permanente de la viuda del coronel, Eulalia, que a más de ser la única persona culta, distinguida y de buen gusto dentro de la población, prestigia su hogar con los encantos de Emilia, su hija, niña de 17 años, tan bella como sencilla y pura. La tosquedad de sus vecinos y sus miserables pasiones empujan fatalmente al párroco y al maestro Gabriel a frecuentar este hogar amable, verdadero oasis en aquel desierto del espíritu. Pronto la maledicencia se ceba en la amistad de los dos jóvenes. Y pronto también prende desgraciadamente en el pecho del párroco la llama de una pasión frenética por la muchacha. De esos pormenores íntimos se había enterado muy bien el sacristán, espía de don Bruno, el enemigo implacable de la viuda del coronel a la cual odiaba como todo su bando por considerarla injustamente el *non plus ultra* del orgullo y la soberbia.

Es en este punto donde se precipita el desenlace con una rapidez poco artística. Para corroborar el adagio "pueblo chico, infierno grande", el autor extrema la nota, pero como sentenció Montaigne "tanto yerra el que sobre pasa el blanco, como quien no da en él". En efecto, el relato concluye, ahora según carta del maestro al profesor del Seminario, en un escándalo infernal que arman al párroco, don Bruno y sus secuaces, cuando el sacerdote, la víspera de partir del pueblo, por consejo de Gabriel, va a media noche a contemplar por última vez la casa de Emilia.

Se oyen grandes voces en la sombra. Don Bruno grita:

“—Aquí, Benito. La puerta está abierta y he visto un bulto. Señora, señora: en su casa hay un ladrón. Juraría que ha salido de una ventana.

“Y Benito clama triunfante:

—“Si es el cura don Julián”.

A consecuencia de esta celada infame, muere Emilia, y se vuelve loco el párroco.

Como se ve, el final es excesivo.

Es asimismo inarmónico el análisis minucioso de la pasión profana que se desencadena en el alma de Julián y está a punto de echar a pique su débil resistencia de sacerdote sin verdadera vocación religiosa. Ya había el antecedente del Padre Enrique de “Doña Luz” en Valera y las sonoras estrofas de dudoso gusto por donde atraviesa el tormento de “El Monje” en Pedro Antonio González.

Sin embargo, no sólo apuntan sino que se despliegan magníficamente en esta obra primigenia las grandes condiciones literarias de Ortiz que en muchos sentidos nadie ha superado entre nosotros: el seguro dominio del idioma que al conjuro de su pluma se mueve correcto, sin caer en el purismo, preciso sin durezas, claro sin afán parafrástico, ágil, elegante y armonioso sin complacencias muelles, y con una naturalidad transparente que sólo enturbian muy a lo lejos una que otra frase o modismo de cuño casticista, o el artificio ciceroniano, frecuente en Cervantes, de armar el período largo con una simetría demasiado calculada, a la busca de la cadencia. Sobresale además en la rapidez de la ejecución que acapara el interés del lector, en el trazo enérgico de tipos y caracteres que constituye a menudo sus páginas en verdaderas aguafuertes, en la capacidad de observación a la cual nada escapa, en la simplificación de las líneas y la sobriedad del color cuando dibuja y pinta el paisaje, donde nunca se detiene demasiado, y en la vena satírica constante, discreta y por lo mismo sin pretensiones.

Los primeros cuatro capítulos de “Pueblo Chico” son senci-

llamente deliciosos: una maestría amable los inspira y conduce en prosa limpia, tersa, plástica y luminosa.

El sacristán, por ejemplo, está allí pintado como en cualquier página de antología, sin un rasgo de más ni de menos:

“Mide apenas cuatro pies de estatura y su cabeza sobresale difícilmente del trozo enorme de gordura que forma su cuerpo. No obstante es ágil y listo, pero hay tal unción hipócrita en sus ojos bajos y sus manos cruzadas sobre el vientre, tiene en sus labios un proyecto de sonrisa tan falso y odioso que me he formado la convicción de que José es un pillo consumado, capaz de jugarme una mala pasada y de beberse a mis espaldas todo el vino de las vinajeras”.

Y con un arte consumado es Emilia quien presenta al maestro, cuando dice al párroco recién llegado: “Gabriel es el único del pueblo que podrá ser su amigo: el único con quien podrá usted hablar de algo más que de ganados y cosechas”. Y fueron amigos verdaderos, con una tolerancia recíproca y una profunda comprensión humana que pone una nota de elevación admirable en el ambiente realista de la obra.

“CARTAS DE LA ALDEA”

a) *El esquema convencional de la aldea*

En la América Española todos llevamos, cual más cual menos, la aldea metida en la sangre, lo mismo el oriundo de Buenos Aires que el nacido en Zapala, el habitante de Santiago como el nativo de San Ignacio, el caraqueño igual que el maturinés, el bogotano o el pastuso. Cuestión de proporciones o desproporciones. De proporciones, porque en las aldeas populosas que llamamos ciudades hay el posible efugio de ser devotos de Nuestra Señora de Más Lejos con sólo tomar un vehículo para otro barrio mientras en la aldea chica Nuestra Señora es la de ahí mismo siempre, y sus fieles se encuentran demasiado unos con otros. De desproporciones, porque lo típico del

clima aldeano es la falta de medida, la hipérbole, la fanfarronería, la excesiva atención puesta en personas, cosas y situaciones sin importancia, la ausencia de vida interior que se contrapesa con la extraversion y la extravagancia.

De ahí el triunfo rotundo de *Cantinflas* en el cine. Nos seduce esta caricatura genial de nuestro carácter colectivo, sin que nos demos cuenta exacta de que glorificamos en el gran bufo lo aldeano, es decir, lo medularmente de nosotros. Mascaradas políticas, recibimientos triunfales, ditirambos ridículos, rencores de toda una existencia por motivos baladíes, imaginarias bombas atómicas, honores en vida, reservados en otros continentes a los muertos ilustres, irresponsabilidad que confía en salir del paso mediante la improvisación y la "viveza": todo corrobora este estilo aldeano.

Sabemos que definir es limitar y el círculo donde encerramos nuestros conceptos posee la perpetua movilidad del horizonte cuando caminamos. Por eso es convencional el esquema de la aldea que nos trazan los literatos.

Veámoslo en "Alhué", el excelente libro de González Vera:

"En un pueblo donde para vivir no es menester el esfuerzo, ni nadie se pregunta para qué vive ni la inquietud halla albergue, es imposible formarse un perfil.

"Quizá optara uno por ser el mismo si le fuera permitido renacer; pero seguramente no querría pasar su infancia en una aldea, porque el espíritu que ahí se plasma es anodino, indefinido y lento.

"Dentro de las ciudades, la vida es dramática y culminante: florecen las grandes pasiones, se suceden los hechos heroicos y el misticismo, última razón de vida, puede asilarse en millares de almas.

"También los campos en que la naturaleza conserva su iniciativa salvaje, pueden aureolar de dignidad la existencia del hombre: allí el instinto alcanza todo su esplendor y la vida se define a cada instante".

He aquí una página bella y sutilmente escrita, cuyos con-

ceptos no están de acuerdo ni con la naturaleza ni con la historia de la humanidad. Deberíamos concluir, si fueran ciertos, que el capital psicológico y hasta biológico que uno trae a la vida es incapaz de reaccionar enérgicamente contra un medio anodino que pone un molde fatal como sobre una gelatina, y que ninguna individualidad poderosa ha pasado su infancia en una aldea, lo que desmiente la biografía de millares de grandes hombres. Y si la "inquietud no halla albergue" ahí es por que los inquietos de todas partes —que son una minoría mínima— buscan más amplios horizontes, lo mismo que los inquietos de nuestras metrópolis se van a Europa o Estados Unidos. ¿Y será verdad que no hay inquietos en las aldeas, ni místicos, ni grandes apasionados? Yo he conocido varios de ellos en los pequeños pueblos. ¿Y no hay una carga de energía reconcentrada de posible aplicación futura en el muchacho extraordinario que vive su infancia como una fiera entre los barrotes de una jaula hasta que logra romperlos?

Prefiero aferrarme a mi idea socrática de que el hombre es esencialmente uno en todas partes y mirar a las aldeas con la misma simpatía que a cualquier otro conglomerado social.

De esta idea no andaba muy distante don Manuel J. Ortiz, a pesar de la regocijada ironía con que pinta a sus tipos. Por ejemplo, retrata con sus actuaciones a Taita Gallo, el fanfarrón que arrastraba el poncho hasta encontrar la horma de su zapato en doña Pancha Gorda que en unas ramadas víctima en vasos y mistelas de la farsantería de aquel hombre "tomó un grueso tizón de fuego vecino, y enarbolando su fornido brazo, lo descargó con tizón y todo sobre la cabeza de Taita Gallo, que vaciló sobre sus piernas con aquella caricia". Y concluye el comentarista: "Y ahora, señor Director, dígame usted, en confianza y con las reservas del caso, ¿no conoce usted por ahí algunos Taita Gallos como el de mi pueblo? ("que había dominado tanto tiempo más con su fama que con sus hechos")". Pero no sólo Taita Gallos abundan en las ciudades: también hay muchos Faustinos, Emeterios, Eulogios y Brunos de la galería de Ortiz y a veces muy encumbrados.

Y por el contrario acaece que en las aldeas de nuestro escritor aparece algún tipo selecto: don Eulogio, la maestra y Lucía en el pueblo de San Lorenzo, donde se desarrolla la acción de la novela "El Maestro"; la viuda del coronel, su hija Emilia, el profesor Gabriel, el párroco en la aldea de Villabaja, "el pueblo chico".

Y como si esto fuera poco en favor de nuestra opinión, ya largamente asentado en Santiago el autor de "Cartas de la Aldea", ahora Bergerac escribe en "Ultimas Noticias" el comentario titulado "Curiosidad" que me parece muy típico y de actualidad permanente.

"La señora, sofocada, tomó asiento y nos dijo:

"—Nuestra vecina es joven, amable, y hasta buena moza; pero tiene un defecto que anula todas sus bondades: una desenfrenada curiosidad. Vivimos en una misma casa, nosotros en el piso bajo y ella en el superior, y un mismo pasadizo da entrada a los dos departamentos, con la diferencia favorable para ella, de que al subir a sus habitaciones tiene que pasar ante las puertas de las mías, mientras que están libres las suyas de mi observación".

.....

"Si recibo una visita, siento luego el ruido suave de sus pasos atenuados por las zapatillas y el movimiento de su cuerpo que se echa en el piso de su dormitorio para aplicar el oído a la junta de las tablas y escuchar lo que se habla abajo, es decir, en mi salón. Y cuando lo que oye no basta a satisfacerla, desciende sigilosamente hasta el descansillo de las escaleras, se pone cabeza abajo, y al través de la baranda mira y escucha, sin perder un gesto ni un ademán de los que hacen mis visitas ni de los que hago yo".

.....

"Yo le tengo a sus visitas un miedo atroz. Llega a mi puerta y pregunta: ¿Se puede? Y antes de que yo le conteste, ya me la tengo con su traje o su costura entre las manos, sentada frente

a mí. En vano trato de darle a conocer con mi silencio y mi frialdad mi disgusto o mi mal humor. Más fuerte que todo desaire es su invencible deseo de averiguar.

“Y su marido ¿cómo se porta? ¿Galantea a otra? ¿Gana bastante dinero? Y en sus negocios ¿cómo le va? Y a trueque de que le cuente lo mío, me cuenta lo suyo, y más que lo suyo, lo ajeno: pues conoce al dedillo sin ignorar un solo detalle, lo que hacen, lo que comen, lo que beben y lo que piensan los hombres, las mujeres y los niños de toda la vecindad”.

.....

“—Si usted que escribe en un diario, no publica este caso, de repente mi vecina y yo vamos a salir en la crónica policial. Y póngala con su nombre...

“—Nada de nombres, señora mía. Se cuenta el milagro; pero no el santo. Y eso por excepción y por única vez. Si hubiéramos de publicar los nombres de todas las señoras que hay en Santiago parecidas a su vecina, sería cuento de nunca acabar”. (Bocetos de la vida santiaguina, “Relatos y comentarios”).

Campo, aldea, ciudad: la comedia humana es esencialmente una: “mundo, mundillo”. Por eso he intitulado esta glosa: “el esquema convencional de la aldea”.

Dentro de la problemática de la exégesis, cabe interpretar en el mismo sentido la frase de Tolstoy: “Pinta bien tu isba y serás universal”.

b) *El valor literario de “Cartas de la Aldea”*

Y he aquí la gran paradoja. Ortiz pintó bien la aldea, porque la sufrió. Su renombre literario se origina en este obstáculo puesto a su carrera, en este muro descolorido y amenazante de su cárcel provisional, en esta coerción que lo obliga a probar su temple, a buscar una compensación profunda en su vida interior, a liberar-

se del asco que le suscita la realidad brutal, provocándola, combatiendo con ella y levantándose en vilo con la fuerza del ridículo: así en su fuero interno la tiene a sus pies, vencida, con las garras melladas, y ya no le estorba sino que por el contrario es la medida y testimonio de su voluntad recia. Una energía latente en él se ha manifestado poderosa. Su mayor alegría de ahora en adelante será la plena conciencia de ella: tiene fantasía para inventar riqueza de detalles y situaciones, don fino de observación, vena satírica, gracejo y soltura en el estilo.

Las "Cartas de la Aldea" aparecieron sucesivamente en "El Mercurio" entre el 3 de noviembre de 1906 y el 6 de febrero de 1908. Estaban firmadas con el seudónimo de M. J. Ortega.

Prologando más tarde el volumen en que fueron recopiladas, don Carlos Silva Vildósola estampó estos conceptos de extraordinaria lucidez y deplorable vigencia permanente por lo que hace al primero de ellos.

"... una mañana hallé entre mi correspondencia una carta enviada desde Chillán y firmada por M. J. Ortega sobre la mala situación pecuniaria de los preceptores de la República, tema que era en esos momentos de mucha actualidad y que, por desgracia, sigue siéndolo todavía y lo será hasta que Dios lo remedie, que ya se van perdiendo las esperanzas de que lo remedien los hombres públicos encargados de ello por las leyes.

"El tema vulgarísimo me hizo pensar en el primer momento que se trataba de una de tantas quejas como llegan cada día a los diarios; pero luego que hube leído la carta de Ortega, escrita en un estilo correcto y elegantísimo, con tan buena gramática y tan culto y castizo lenguaje, como raras veces se escribe en Chile, pensé que aquel nombre era un seudónimo de un buen escritor ya muy experimentado, o que si existía el preceptor Ortega, debía ser un caso rarísimo y singular de preceptor con más literatura y más talento que la mayor parte de los profesores de aquel ramo y que muchos Ministros de Instrucción.

"Entré en correspondencia con el autor de aquella admirable

carta, lo estimulé a que siguiera escribiendo, hízolo él y desarrolló los tipos de aldea que había creado en su primera carta y resultó de todo ello una de las colaboraciones de mayor mérito que ha publicado "El Mercurio" y ahora uno de los libros más hermosos que se hayan impreso en nuestro país.

"A medida que las "Cartas" iban apareciendo en este diario, se despertaba entre el escaso público aficionado y entendido un interés profundo, y recibíamos preguntas incesantes acerca de quién era Ortega, quién era ese nuevo gran escritor que comenzaba de tan admirable manera, con estilo verdaderamente propio y original, sin sombra de imitación, sin amaneramiento de ninguna especie, con un buen gusto refinado y con un poder de observar y describir que, podemos decirlo sin temor de equivocarnos, no tiene precedentes en nuestra literatura".

.....

"Y si como observador de costumbres pudiera tener el señor Ortiz otros escritores chilenos que soportan la comparación con su deliciosa obra, sin duda alguna nadie puede comparársele en el estilo y el lenguaje".

.....

"Para hallarle puntos de comparación en nuestra naciente historia literaria, hay pue subir hasta Jotabeche, al cual aventaja con mucho en la corrección del lenguaje y en la "profundidad" y verismo de la observación..."

Los fragmentos reproducidos asombran por su aguda penetración crítica y dan una idea aproximada de la generosidad, cultura y flúida expresión literaria de don Carlos Silva Vildósola: sería difícil juzgar con mayor acierto en grandes líneas a don Manuel J. Ortiz por sus "Cartas de la Aldea". Después de este prólogo excelente, no queda a los comentadores sino el examen analítico, la consideración de los elementos y los detalles.

Acabamos de releer este libro en la cuarta edición de Zig-Zag y tenemos la impresión de que es una obra clásica, es decir, permanente: un libro encantador, que se lee con avidez, riendo, sonriendo y hasta pensando, en que las partes guardan proporción armoniosa y en que se observa sin esfuerzo alguno la norma invariable del buen gusto: "el máximum de esfuerzo artístico con el mínimum de recursos".

Pero detengámonos en algunos aspectos de él.

La aldea de Ortiz como todos los conglomerados humanos, puesto que no es sino un embrión de ellos, tiene su aristocracia representada por los Contreras y Zagales y su archiaristocracia que resulta de la fusión de estas dos sangres azules, y tanto se han mezclado entre ellos, celosos de su alcurnia que ya la "fusión" necesita una "transfusión", porque "unos chicos salen contrahechos de puro nobles, otros medio ciegos o ciegos enteros, y todos robustos, agudos e inteligentes que es una bendición". Tiene también la aldea su centro social, o mejor dicho, su esquina social, que es la de la botica: "Allí se reúnen cotidianamente todos los notables de la población: don Faustino, el primer alcalde (representante de la primera nobleza, por sus apellidos Contreras Zagal); don Justo, el subdelegado; don Pacífico, el juez de subdelegación; don Emeterio, el más sabio y "leído" de los cabildantes; el comandante de policía; el oficial civil y los miembros de la mayoría municipal. Como quien dice, todos los poderes públicos, sin excluir la prensa. Tiene asimismo su poeta, Taita Beto, que como los rapsodas primitivos y algunos juglares de boca no sabe leer ni escribir e inmortalizó el lugar de la vida social con esta décima dictada a un nieto suyo, porque es entrado en años como Homero:

*En casa del boticario
se junta la riquería:
allí van todos los días
en lugar de ir al rosario.*

*Algunos llevan el diario
pero no leen ni ná
porque en pura ociosidá
lo pasan eternamente,
hablando mal de la gente,
sin ninguna caridá.*

En seguida se van incorporando a la vida de la aldea los forasteros y advenedizos: el maestro de escuela, que logra acceso a los salones por su habilidad para tocar el violín; don Jorge, "el gringo" carpintero; el comerciante Erasmo Chandía.

No faltan las nobles venidas a menos por su pobreza, pero que no tienen pelos en la lengua ni ausencia de aire en los pulmones ni velos en las cuerdas vocales para armarles escándalos a los linajudos ricos: doña Chayo Cantárida y su hija Benigna o Beniuna. Ni los jubilados como el sargento veterano don Nicanor cuyos servicios fueron recompensados con cuatrocientos pesos... en bonos del cinco por ciento, con los cuales podría cobrar como intereses veinte pesos al año... para vivir (según le explicó el maestro para desilusión del héroe, que no entendía de bonos).

Ni podían estar ausentes de allí las "meicas" como Tomasa Veloso, alias doña Chuma ni las "mediums", calidad con que los espíritus habían favorecido a la propia doña Chayo, tal vez por sus abolengos.

Y casi no hay para qué consignar cómo la fanfarronería, tan propia de la incultura "que no se conoce a sí misma", anda en el aire y se encuentra particularmente en el tartarín Taita Gallo.

La vida social se intensifica en torno al "mate", que antes ocupaba el lugar de la "canasta". Esta costumbre da origen a una "carta" sencillamente magistral, de la cual transcribimos algunos pasajes:

"Y lo usan a todas horas y en todas las estaciones... De donde resulta que en todas partes y a todas horas hierven las teteras,

y gimen las bombillas, y despiden las personas y cosas el olorcillo ya dicho.

“Desde que se inventaron los microbios, se ha dicho mucho en contra del mate y se le ha proscrito de nuestras costumbres por antihigiénico y poco limpio. También la higiene quiere proscribir el beso por insalubre. Tales cosas, sin embargo, no se creen en mi aldea, donde los sociólogos y moralistas han estudiado las ventajas del mate y han rebatido tales ataques con mucho acopio de pruebas y argumentos. Han llegado a probar sin lugar a dudas que al mate se debe exclusivamente la tranquilidad de que aquí gozamos.

“... Si aquí vivimos unidos y nos estimamos mutuamente, es por que en el extremo de ese aparato se transmite de unos a otros el microbio de la simpatía, envuelto en azúcar, cuya dulzura se comunica también a nuestro carácter y a nuestras costumbres.

“El mate, por otra parte, al mismo tiempo que es lazo de unión, es signo de diferencia entre las clases sociales. Prueba innegable de aristocracia es tomarlo en vajilla y con bombilla de plata, como en casa de don Faustino y de don Pacífico..., señal de origen no tan noble es usarlo de loza fina o de porcelana... e indicio cierto de villanía son la bombilla de hojalata y el mate de calabaza”.

Y este *climax* de buen humor y fina ironía de Ortiz culmina en párrafos gratísimos como éste:

“El mate y el brasero son compañeros inseparables, sobre todo en el invierno. El primero calienta por dentro y el segundo por fuera, y este doble calor establece intimidad, infunde confianza, predispone a la alegría, despierta el ingenio, aguza la lengua y hasta hace nacer en los insensibles y apáticos los más dulces afectos. Más de diez matrimonios se han formado aquí, al influjo de estos dos calores, y a más de diez parejas de enamorados tímidos e indecisos ha servido la bombilla para declararse mutuamente su pasión, de tal modo que tenemos en el pueblo “un lenguaje del mate” que en nada cede al lenguaje de las flores o al del abanico que usan en

otras partes los enamorados. Un mate con agua bien caliente, de modo que queme el gaznate al primer chupetón es señal de rechazo para un importuno y desdeñado amante; el mate con sal en vez de azúcar, es prueba de graciosa confianza que suelen dar a sus novios mis pícaras vecinas. ¿Hay nada más poético para un galán que el recibir de su prenda un mate bien cargado de azúcar que equivale a decirle: "eres dulce para mí"? ¿O hay algo más elocuente para la dama que el ver a su propio novio chupar la bombilla con brío y entusiasmo, y hacerla sonar lo más que puede para darle a entender que así quisiera sorberla y tragársela?"

Si en páginas como ésta descuella el costumbrista, en otras no le va en zaga el retratista y creador de tipos elementales, pero universales.

Veamos el de don Faustino, el primer alcalde, en contraste con el de don Justo, el subdelegado.

"Sus personas de por sí ya inspiran respeto. Flaco, seco y esbelto, el señor subdelegado es don Quijote con toda su arrogante gentileza; bajo, regordete, panzudito el señor alcalde es Sancho; pero no el Sancho escudero y zarandeado, sino el Sancho gobernador de Barataria, en todo el apogeo de su grandeza"

(Notemos aquí que sin este matiz último la comparación habría sido pobre y vulgar).

"El señor alcalde tiene ordenado que todo el que se acerque a hablarle se quite las espuelas y el sombrero veinte metros antes de llegar a él; y el señor subdelegado con una sonora carraspera que le ataca cuando da audiencia sabe mantener a raya a los más osados".

Ortiz, como un clásico consumado es maestro en el arte de los desarrollos, las gradaciones, las transiciones y las antítesis. Su economía verbal es prodigiosa: no pierde ni un solo recurso, ni una sola frase. Su visión de la realidad es tan potente que la elocución está pronta a registrarla como el celuloide preparado para la cinta cinematográfica.

Así, buscando no cansar con una descripción larga en lo que

es muy poco realista a lo Pereda, se pasa a la policía del pueblo y para hablar otra vez de don Faustino, aprovecha su referencia al sargento:

“El sargento tiene además la obligación de ir todos los días a despertar al señor alcalde que a causa de su gordura es un poquito dormilón y teme perder entre las sábanas el tiempo que debe consagrar a los negocios públicos. El despertar del señor alcalde no es así no más, sino que está sujeto a un riguroso ceremonial. Llega el sargento y da tres golpes respetuosos a la puerta. El señor alcalde para hacer ver que ha despertado, se despereza ruidosamente y lanza un grito gutural, término medio entre eructo y gruñido: ¡Hemm!

“—Que Dios proteja y bendiga al morador de esta casa —dice el sargento.

“—*Per secula seculorum!* —contesta el señor alcalde con voz atronadora, después de lo cual el sargento da militarmente media vuelta y se va a cuidar de su cuartel”.

Pero con el mismo tacto y buen gusto no queda concluído el retrato. Actuaciones de don Faustino más adelante en nuevas cartas pondrán de manifiesto su gula, su torpeza chocarrera que él considera gracia y buen humor, su sensualidad “fuera del redil”, su testarudez y su malicia política.

Veamos las gracias del “gracioso” don Faustino en la fiesta de *Corpus Christi*, ofrecida por don Manuel, el comandante de policía:

“En don Faustino, sobre todo, el vino produjo un efecto tan endiablado que con sus bromas hacía reventar de risa hasta a los más grandes y sesudos. En un momento en que don Pacífico conversaba distraídamente con la señora Severina, nuestro espiritual alcalde le vació un salero en el plato que acaban de servirle, y eran de ver los gestos que hizo el digno magistrado cuando probó la salsa así sazónada. A don José María, uno de los municipales, le cambió distraídamente la botella de vino por una de mistela, y al boticario le robó de debajo de las narices un alón de pollo que sa-

boreaba con beatífica fruición, todo lo cual era celebrado por los demás con homéricas risotadas . . ." (págs. 143 y 145, Edic. Zig-Zag).

Y al término de esta "carta" el autor refiere la broma mayor de don Faustino, manifiesta a las dos de la mañana, cuando hacía rato se habían concluído las provisiones y la concurrencia con renovado apetito buscaba un pavo desaparecido:

"Al fin, cuando decepcionados nos preparábamos para volver al comedor, se le ocurrió a don Faustino separar las cortinas del amplio y antiquísimo lecho conyugal de la señora Sinforosa, y allí arrebuñado entre las sábanas, envuelto cuidadosamente en diarios y servilletas, teniendo en el pico una banderola, con la cabeza gacha, como quien dormita, estaba el dichoso pavo . . ."

Sigamos ahora a don Faustino a casa de las niñas Lechuzas, en la carta titulada "Fuera del Redil":

"Mis amigos y yo con veinte años y 40 kilos menos que el señor alcalde, no teníamos ni la mitad de su destreza para bailar, ni de su gracia para ponerse de rodillas ante la Cantalicia en un aro de la cueca, y ofrecerle una copa con apasionado y rendido acatamiento. Los jaros! y ¡huifas! y ¡agárrala! y ¡cómetela! con que animaba las danzas llenaban la sala y su entusiasmo contagiaba a todos . . ." (pág. 152) .

Asistamos al espectáculo de su gula:

"Su habitual desayuno era una pierna de cordero asada, con un grueso trozo de tortilla y 6 u 8 mates como "bajativo". Cuando por algún evento faltaba la carne, se resignaba de mala gana a sustituirla por un litro de leche caliente con 6 huevos batidos, lo que no lograba quitarle la debilidad del estómago en toda la mañana. Una o dos horas antes del almuerzo, se ponía a descansar en un sillón de brazos en el corredor de su casa, y lo mismo hacía por las tardes antes de comer, y desde allí mantenía en constante actividad a misia Panchita, su hija menor, de cuya mano quería recibir exclusivamente los sabrosos bocados con que satisfacer su pasión.

“—¿Panchita?

“¿Papá?

“—¡Asame queso!

O bien:

“—¡Destapa sardinas!

“—Tráeme charqui asado para abrir el apetito.

“Y devoraba así presas de la cazuela, conservas, choclos cocidos, frutas y dulces en cantidades inverosímiles, interpolados con vasitos de un exquisito chacolí de su cosecha” (pág. 244).

Al llegar a esta altura vertiginífera, yo humilde comentador de Ortiz me creo en la obligación de declarar que fui testigo y cómplice alguna vez de estos excesos pantagruélicos en otro pueblo del sur hacia 1916, siendo yo estudiante, cuando el peso valía seis peniques, por lo que puedo certificar el realismo absoluto del cuadro; pero dudo de que la costumbre tan vívida y fielmente captada en esta página se mantenga todavía y aun me atrevo a vaticinar que con “la rectificación gastronómica” no quedará de ella sino el recuerdo importuno y cruel.

Mas dejémonos de digresiones, tan ajenas al arte rectilíneo de nuestro autor, y volvamos a don Faustino, y ahora a su “macuquería”.

Inesperadamente perdió la curul alcaldicia, por las intrigas políticas de don Emeterio, el sabio que leía “El Ferrocarril” y asombraba después al pueblo con los conocimientos adquiridos en ese periódico. Aquello equivalía a una detentación. Pero la suerte le deparó la oportunidad de reivindicar el solio, y fué como sigue. Don Emeterio se empeñó en remover la piedra monumental que en la calle, estorbando el tránsito, enfrentaba la vivienda de don Faustino, el cual durante la noche relleno con sus hombres la fosa que debía sepultarla, dejando así en ridículo al usurpador. “Don Faustino no se durmió sobre sus laureles y gestionó a renglón seguido su deshecha mayoría, atrayéndose de nuevo al edil tráfuga cuya deserción había sido la causa de su caída”.

Hemos querido mostrar un aspecto de la técnica novelesca de

Ortiz, siguiéndolo en la integración de un carácter literario. El método es el mismo tratándose de todos sus personajes: nunca los da definidos de una vez, hechos de una pieza, sino que los esboza al principio, a menudo en parejas antitéticas, y luego los pone a actuar para que el lector confirme plenamente la intuición del tratista.

Para mis gustos, las mejores "Cartas de la Aldea", aciertos de primer orden en cualquier literatura, son las tituladas: "*Corpus Christi*", "La Casa en el Teatro", "La pesca Milagrosa", "La Flor de la Higuera", y "El Mate". Y las menos artísticas "Los preceptores" y "Genio Malogrado" las cuales ofrecen en cambio un interés documental a que me referiré más adelante.

En su "Crónica Literaria" de "El Mercurio", Omer Emeth dijo que "Cartas de la Aldea" constituyen uno de los libros mejores y más genuinamente chilenos que se hayan publicado en el país. Confirmaba así la opinión de Silva Vildósola y hacía justicia a secas. Creemos que la calidad de ellas brillará cada día más con la depuración e incremento de nuestra cultura.

"EL MAESTRO"

La novela "El Maestro", relato con muchos elementos autobiográficos, aparecido en 1914, no logró el mismo éxito que "Las Cartas de la Aldea" y no se ha reeditado.

Sin embargo, es un buen libro. Claro que no hay allí grandes pasiones, ni análisis psicológico, ni fuertes caracteres de esos que en las novelas cumbres de Hispanoamérica como "Doña Bárbara" y "Don Segundo Sombra" resumen y representan cósmicamente una vasta comarca y que están presentes en nuestra imaginación muchísimo tiempo después que hemos concluído la lectura... Pero el asunto, las circunstancias locales y temporales, la realidad —en una palabra— no daba para más. Por eso mejor que una novela es una *nouvelle*, para emplear un vocablo francés que carece en nuestro idioma de otro que corresponda exactamente a su matiz.

Dentro de la obra total de Ortiz hace además mucha falta para integrar el carácter del autor o al menos para comprenderlo con mayor claridad.

Ortiz es ante todo y sobre todo un maestro; maestro en el sentido del educador y "maestro" en el sentido de la "maestría" que suele destacar Mario Osses por sobre la pedagogía, acepciones que no se contraponen ni estorban.

La preocupación cardinal del escritor se identifica aquí con la del maestro, y ambas vienen a ser como los aspectos negativo y positivo del método socrático: la ironía y la mayéutica. Tiene la primera que enfrentarse con la realidad brutal, buscando vencerla mediante la burla, por donde se despeña la contrariedad o el asco y que impide la amargura y la derrota. La segunda aspira a superar esa realidad y transformarla por la cultura y el espíritu.

De donde resulta que como en los griegos, a partir de Homero, y en el Renacimiento de todas las modernas nacionalidades europeas, hay en la obra de Ortiz una fusión de realismo e idealismo que la singulariza como única entre los costumbristas de Hispanoamérica y acaso en todo el ámbito de la lengua y que la destaca en su íntima estructura de creación genuinamente clásica.

Con lo que queda también de relieve otro carácter enteramente suyo en la familia de los costumbristas: su fe pura y diáfana en la educación del pueblo y por lo mismo en la perfectibilidad del espíritu humano.

La expresión de esa fe irrumpe, casi líricamente, aquí y allá a lo largo de la obra y cierra como un himno de religiosa elevación las páginas de su mejor novela.

El ambiente y los personajes son con ligeras variantes los mismos de "Cartas de la Aldea", pero a ellos se suman la maestra de escuela y su hija Lucía, de quien el profesor Mauricio se enamora, y don Eulogio, anciano simpático, bondadoso y culto, de esos que nunca faltan en los pueblecitos y que como el Próspero del pensador uruguayo sabe alzar al cielo los ojos y aun desplegar las alas del espíritu para seguir el vuelo de Ariel en el azul limpísimo.

Y es la voz de don Eulogio la que queda resonando, cuando el maestro perdida su primera batalla, mas no vencido en su corazón, se marcha acaso para siempre de la aldea.

La capacidad de Ortiz para inventar incidentes y situaciones y su potencia satírica se ponen otra vez de manifiesto en este libro. Es admirable como cuadro dramático rural la expresión del choque monstruoso entre Manuel Jiménez, pequeño propietario avariento, padre de dos hijos de aviesos instintos que oyen vanamente en la escuela las lecciones de moral y concordia de Mauricio, y el hermano de aquél, don Nicanor, hacendado solterón de mayor fortuna que disgustado con Manuel por cuestiones de un dinero no devuelto a entera satisfacción, hizo testamento en favor de un hijo natural, Juan José, para desheredar a sus sobrinos. El episodio, de un realismo magnífico en la pintura del escenario campesino, impresionante en el diálogo nervioso cruzado de siniestros presentimientos, y acabado en el enérgico dibujo de los caracteres ocupa el descollante capítulo XI y breves páginas del XII y final, y se desenlaza con el crimen perpetrado por Gregorio, sobrino de Nicanor en la persona del inocente Juan José. Merece también destacarse el incidente de la escuela nocturna abierta por iniciativa de Mauricio sin remuneración alguna. El apoyo que el maestro encontró en el subdelegado don Venancio para la realización de su idea, lo indujo a creer que amainaba la hostilidad de aquel vecindario que pretendió hasta escarnecerlo, y una primavera de optimismo se infundió en su alma.

Lo que ocurrió después va a contarlo el propio autor: "Una noche, a principio de diciembre, el subdelegado y don Rufino llegaron más temprano que de costumbre y asistieron muy atentos a una clase de instrucción cívica. Hablaba el maestro sobre la necesidad de que exista el gobierno y sobre los servicios que presta al país.

"—Una nación no es sino una reunión de millones de personas que viven juntas, y el dueño de casa que ellas eligen es lo que

se llama gobierno, que se compone de muchos individuos, por ser tantas las cosas que tienen que hacer.

“—Así es —dijo don Venancio—; los gobernantes somos muchos y tenemos mucho que hacer.

“—Además —continuó el maestro—, el gobierno nos ayuda en nuestros trabajos y procura que ganemos como vivir con decencia y comodidad, y con ese fin construye caminos, puentes y ferrocarriles para el fácil transporte de los productos de las fábricas y de la agricultura.

“—Como el que voy a construir yo de aquí a la cabeza del departamento —interrumpió el subdelegado”.

Entre paréntesis, este ferrocarril iba a parar artificiosamente a las puertas del fundo de un diputado que sostenía en su cargo a don Venancio.

“—¿Me permite, don Mauricio? —dijo el subdelegado y agregó dirigiéndose a los alumnos—: Es preciso que ustedes sean agradecidos con el gobierno . . . Ahora que ya les hemos enseñado a leer y escribir, es preciso que “se cuadren” conmigo para las elecciones del año que viene. Ya saben ustedes que conmigo no les irá mal, porque yo pago mejor que los otros. Si don Belisario o el cura les piden que voten por ellos, díganles que bueno no más, sáquenles plata, y a votar conmigo, que es lo que les conviaene para que tengamos luego el ferrocarril y el agua potable”.

Otra observación hacemos al leer “El Maestro”.

La fuerza descriptiva del autor, notable en “Cartas de la Aldea”, y particularmente cuando se aplica al paisaje en el camino a las “Termas de Chillán” ha crecido en la novela que comentamos, y de ello es testimonio elocuente la estupenda pintura de los inviernos del sur.

El tema central de Ortiz es la dignificación de la carrera del magisterio, y así como la primera de sus “cartas de la aldea” tiene por asunto, el muy vulgar, pero muy grave, de la desmedrada y vergonzante situación económica del profesor, lo que ocurre en su novela no es más que esto muy simple: la absoluta incompre-

sión del valor social del maestro por parte de vecinos y autoridades.

Al incomprendido, sin embargo, le quedaba un refugio: su mundo interior.

Nos lo refiere, sencilla y noblemente:

“La indignación lo dominaba a veces, cuando llegaban a sus oídos los comentarios ultrajantes de que era objeto; pero lograba calmarse con poco esfuerzo. Bastábale para ello ponerse al trabajo, abrir sus libros y engolfarse en la lectura, o tomar la pluma y escribir a su madre largas y amorosas cartas en que mentía piadosamente... Dos libros entre todos los que componían su pequeña biblioteca eran sus preferidos: el “Quijote” y “Cyrano de Bergerac”.

Lo que no nos dice el autor, tal vez para no dar al relato un carácter demasiado autobiográfico, es cómo allí se le reveló plenamente su conciencia de escritor vigoroso, y cómo contra la desventaja y el obstáculo creció su fuerza. Cómo hizo ingresar a su arte la realidad “dinamizada y combatiente”, según la exigencia de Ortega y Gasset: que el dinamismo o el actuar no consiste sólo en moverse físicamente e intrigar o mentir buscando crear intereses o intervenir en la vida pública, sino además y principalmente en producir bienes espirituales o defenderlos.

Y actos, actos superiores, son las obras de arte.

“CARICATURAS”

En “Caricaturas” se prolonga, quizás aventajándola algunas veces la vena satírica de “Cartas de la Aldea”. Advertimos aquí a Ortiz en la plenitud de su vigor artístico. Sobre todo, son magistrales: “Los veteranos” en que el humor eufórico del costumbrista vuelve sobre el sargento Nicanor y lo asocia con el capitán de artillería don Belisario y el adamado y nervioso seudo teniente Pedro María para formar el comando de un cuerpo de voluntarios que se disuelve en vino al salir a campaña; y “Entre Maestros” donde con cuatro rasgos admirables traza la figura de la flaquísi-

ma señorita Encarnación que ni siquiera encarna el deseo de aprender algo para merecer su título de profesora interina y del regordete y cuelllicorto señor Venegas que viene al curso de perfeccionamiento sólo con la mira de poner término a su viudez y consigue con creces su propósito, pues se casa con la señorita Encarnación. ¿Qué mayor perfeccionamiento?

“RELATOS Y COMENTARIOS”

Publicados en 1935, de ellos hay que elegir entre lo bueno y lo mejor. Los comentarios o “bocetos de la vida santiaguina” representan una selección de los artículos firmados por Bergerac en “Las Ultimas Noticias” y de los cuales di una muestra antes, reproduciendo pasajes del titulado “Curiosidad”. Muchos deberían insertarse en los libros de lectura para los colegios como muestras excelentes de composición literaria.

En el relato “La Avenida”, que es la nota sobresaliente del libro, el autor se supera a sí mismo en poder descriptivo, animación y movimiento de consumado narrador y en generosa simpatía humana que recae aquí en el patrón don Elías y el joven administrador Toño sin excluir a las bestias. Son unas páginas de tensión casi épicas, sencillamente magníficas como las de los mejores novelistas hispanoamericanos.

EL ESTILO DE ORTIZ

La sencillez extrema, el orden, la medida, la diafanidad de alma, la claridad de ideas, la pasión por la cultura, el valor, la generosidad, el escrupuloso espíritu de observación, el amor al terruño, la franqueza, la abundancia de expresión, el sentido de crítica y autocrítica, el buen humor constante y el ingenio fueron las características del hombre Manuel J. Ortiz. Traducidlas en términos de literatura y tendréis lo sustantivo de su estilo.

Tuvo muchas influencias. ¿Y quién no? El que esté libre de pecado que arroje la primera piedra. Ni en el mundo de los vivos,

ni en arte hay generación espontánea. Basta el matiz a diferenciar e individualizar.

Para un lector avezado y más si es un especialista, los modelos próximos están muy visibles: Cervantes y el Quijote, Gil Blas de Santillana, Fray Gerundio de Campazas en alguna escena de palurdos, Mariano José de Larra, el Pereda de "Escenas Montañesas" y "Tipos y Paisajes", el Juan Valera de "Pepita Jiménez" y "Doña Luz", Edmundo de Amicis en el capítulo final de "El Maestro" y algunos artículos de viaje, Alfonso Daudet y "Tartarín de Tarascón".

Estos ofrecieron al escritor el ideal de la forma. La dirección hacia la materia se la imprimió Jotabeche. Pero Ortiz puede transformar esa materia en obra artística con mayor maestría que su antecesor porque su gusto es más depurado y superior su dominio del idioma.

A veces, muy a lo lejos, con sobriedad muy suya, aparecen resabios casticistas como "poner una pica en Flandes", se volvió "un campo de Agramante", "se fué cada mochuelo a su olivo".

Generalmente el período —como queda dicho— es el período largo o ciceroniano, que constituyó el ideal clásico con su simetría perfecta: cláusulas, miembros e incisos proporcionalmente distribuidos como las ramas de una copa geométrica de árbol o los arcos líquidos de un surtidor. Hay artificio en párrafos así. Pero el arte, si no es el artificio ni mucho menos, lo supone. ¿O creéis que en las deliberadas repeticiones del Maestro Azorín, por ejemplo, o en su paso cansino no lo hay? Si no hubiera artificio en el arte no se explicaría la mecánica de la imitación o de la propia repetición. Tan natural es el período largo como el corto: según y cómo. La oportunidad: he aquí la cualidad fundamental del estilo.

EL DRAMA LITERARIO DE ORTIZ

Ya sabemos que toda vida humana es una tragicomedia. Suele sí ocurrir que sólo uno de los ingredientes aparece en público, y

de este modo vemos únicamente el aspecto festivo o el aspecto doloroso aislado.

En el caso de Ortiz hay un sufrimiento manifiesto en su creación literaria y otro insinuado apenas. Este último es cuestión de épocas, de lucha de generaciones.

Si el autor hubiera nacido treinta años antes habría sido mimado por la gloria en vida.

Sostiene Keyserling, con sobrada razón, que las ideas, en el orden de las ciencias del espíritu, no triunfan por su valor en sí, o sea, por su fundamentación lógica o teórica, puesto que en líneas generales todas han sido concebidas y expresadas desde hace mucho tiempo (*nihil novum sub sole*).

Se imponen por su valor representativo: en otros términos, se vitalizan o renacen cuando concuerdan con la sensibilidad de una época, con su módulo específico, y aquí nada tienen qué hacer la lógica ni el razonamiento sino el instinto vital y la intuición.

Es imposible convencer a un escritor maduro de otra época que es buena una forma nueva de arte. Si aparece, como comprendiéndola, es a lo más por política literaria o por miedo a que lo juzguen momificado o por mundana actitud de *snob*.

Yo no puedo creer en la sinceridad de un literato de 60 años o menos que se manifieste entusiasmado con los vanguardistas: desde luego su estilo no muestra rasgo alguno de contagio, y uno no descubre en él sino un esfuerzo por mantener la tiara pontifical frente a los jóvenes, o la serenidad aparente cuando lo invade el terror de lo desconocido.

¡Viva la juventud, con tal que no dure siempre! —escribió Lamartine.

Ortiz poseyó entre otros valores, el valor de su sinceridad. Y clásico él por naturaleza, educación y época, abominó del Modernismo, al menos según lo entendía y se burló de él; con lo que promovió su drama, pues no hay sinceridad sin heroísmo, ni heroísmo sin tragedia. De ahí su aislamiento y su exclusión de los cenáculos. Era la época de los Diez e imperaba Pedro Prado, que

también sentirá hacia el crepúsculo de su vida que "todo ha de pasar por tal manera".

Los jóvenes de entonces mirábamos a Ortiz con desconfianza y él nos recibía con una sonrisa escéptica.

Recuerdo que en la primavera de 1917, paseando por los corredores de la Escuela Normal, me pidió prestadas las "Sonatas" de Valle-Inclán. Después, al devolvérmelas en su oficina, me declaró que le habían gustado mucho, pero quiso que yo le explicara el sentido del "soneto autumnal" de Rubén Darío que servía de prólogo a una de ellas, y decía no entender. Extrañado le contesté que esos versos no necesitaban explicación, porque no pretendían decir más que lo que paladinamente expresaban. Su desconcierto era, sin embargo, natural, habituado como estaba a Núñez de Arce, Campoamor y los clásicos. Es el extravío o perdimiento que se produce cuando nos sorprende lo que no cabe dentro del esquema acostumbrado. Pero la limitación no es siempre una desventaja. Es por otra parte una condición de existencia. "Quien no sabe limitarse no sabe escribir", dijo Boileau. Y Goethe repitió la idea: "El maestro se conoce en la limitación".

Queda ahora la perspectiva histórica.

Asilarse en el concepto de lo nuevo para justificar una forma desconcertante es tan falaz como apelar a la posteridad para que se nos haga justicia. En el primer caso caben en el asilo todos los locos y los pazguatos, con sus incoherencias. En el segundo, se corre el riesgo de esperar sentados que vengan los marcianos a fallar en apelación.

Entre uno y otro extremo del compás se mueve la crítica, que no lo puede abrir demasiado si quiere trazar algo. Y su problema es difícilísimo porque ni puede escapar a la sensibilidad de su época ni confundir el gusto con el valor, salvo que haga suya la convicción que Benavente atribuía a Unamuno, para sintetizar la historia de la literatura española: "Antes de mí nada, después de mí nada".

Y lo grave es que cada época establece sus dogmas. Si los

papas literarios fueron a fines del siglo XIX Menéndez y Pelayo y Juan Varela, los de las primeras décadas de nuestra centuria han sido Azorín, Baroja y Unamuno, y más tardíamente Pérez de Ayala y Ortega y Gasset. ¡Y ay de Benavente si el autor de "Las Máscaras" le repara esto o aquello! Y pobre Manuel Machado si lo encuentra "jacarandoso" el maestro de "Personas, Obras, Cosas".

La generación del 98 formuló el distingo entre "castizo" y "casticistas" y excomulgó a Quintana, Núñez de Arce y Campoamor. No hay texto de ahora ni estudio crítico que no aparezca bajo el peso de su autoridad.

Sin embargo, no cualquiera es capaz de escribir la "Oda a la Invención de la Imprenta", ni el poema narrativo "El Idilio" ni las "Doloras". Algún mérito o valor tendrán seguramente.

Otro tanto podríamos decir de "Cartas de la Aldea" y su autor.

En esta hora de bonanza de mi segunda navegación, don Manuel J. Ortiz se me perfila diáfananamente más valioso y admirable que muchos ídolos de mi primera juventud.